

hora presente; sus inescrutables juicios y su tolerancia para con el pecador, sus palabras, visiones y revelaciones, su especial asistencia á su Iglesia, su visible proteccion á favor del Arca Santa en el Antiguo Testamento y Santa Sede en el Nuevo. Por todas estas misericordias quiere Dios que le pidamos, y tiene la dignacion de procurárnoslas, cual armas aceradas para la armería de la oracion. Ha ido aún más léjos el ingenioso amor de los Santos y personas espirituales. En el fervor de su corazón han ofrecido á Dios todo el homenaje y adoraciones que hubieran podido rendirle las criaturas posibles; se han atrevido á concebir asimismo aquellos tres divinos abismos, poder del Padre, sabiduría del Hijo y amor del Espíritu Santo, arrojando en maravilloso orden y concierto innumerables mundos posibles, y se aventuraron á ofrecer todos estos innumerables sistemas, cual si fuesen un simple acto de amor y súplica de intercesion; ofrecieron igualmente á la justicia y santidad divinas todos los variados y misteriosos sufrimientos del purgatorio que un dia esperan padecer en sí mismos, como bellos en su naturaleza, sagrados en sus terribles funciones y santificados por el contacto con las almas benditas.

SECCION VII.

6.º *Los divinos atributos.*

Pero los Santos y personas espirituales han ido todavía más léjos. *Todas las cosas son de Cristo*, dice San Pablo, *y Cristo es de Dios*. Vieron la desproporcion que existe entre la soberana Majestad del Altísimo y las alabanzas de las criaturas; y por eso cuando querian alcanzar de Dios algun extraordinario favor, le ofrecian sus infinitos atributos, y toda la gloria que le tributan semejantes perfecciones, que son el mismo Dios: imploraban el favor del cielo á nombre de la incomunicable paternidad del Padre, generacion eterna del Hijo y procesion del Espíritu Santo: ofrecian á Dios el conocimiento y amor con que se conoce y se ama á sí mismo, juntamente con la complacencia incomunicable y recíproca que se tienen las tres Divinas Personas; y no sólo observaron que eran oidas sus oraciones, sino que sentian crecer en su espíritu la llama del divino amor más allá de lo que hubieran podido imaginarse, llegando á obtener un convencimiento intimo de que los términos técnicos de los dogmas y definiciones de fe, no eran un mero juego de palabras y sonidos vacíos de sentido, sino centellas de fuego bajadas del cielo.

Es harto difícil que pueda uno contenerse dentro

de los límites de la intercesion, nuestro principal objeto, recordando tantas y tantas cosas como nos convidan y solicitan á hablar del divino amor. Repase- mos, pues, todas estas riquezas de nuestra pobreza, todos estos tesoros que poseemos en Cristo, y veamos si no tenemos una abundancia incomparable de sacrificios con que acercarnos á Dios en fervorosas y conti- nuas intercesiones. ¡Oh qué campotan vasto y delicioso ofrecen á nuestra consideracion! ¡Qué dulce libertad de espíritu no inspiran en nuestro ánimo! ¡Y cuán fá- cil cosa es cambiar en servicio de amor unas ofrendas que están constantemente exhalando ese aroma sua- vísimo con tal exceso, que casi llega á hacernos olvi- dar la intercesion!

Examinemos ahora la situacion de los inválidos, es decir, la de aquellas personas que, si bien no se ven agobiadas bajo el peso de los dolores de una gra- ve enfermedad, viven, sin embargo, oprimidas con la carga de una salud delicada y enfermiza. Esta cla- se de gentes desea tambien consagrarse á promover de todas véras la mayor gloria de Dios, intereses de Jesus y salvacion de las almas; pero se ven incapacitadas para ejercitarse en obras exteriores, y acaso no cuentan con recursos para contribuir á la ejecu- cion de las mismas. La intercesion directa, la directa oracion vocal en favor de tal ó cual persona, muy luego llega á agotarse, y nada encuentran en ella que pueda distraer sus dolencias y recrear su ánimo

abatido. Ahora bien; ¿no es una plácida ocupacion del espíritu discurrir por todos esos tesoros de sagradas ofrendas, á cual más ricas, hermosas y variadas? Se- mejante entretenimiento recrea, en efecto, la mustia devocion, y nos dispone á mantener y perpetuar una afectuosa y reverencial correspondencia para con Dios, á la vez que estamos ejecutando una de las obras más grandes y sólidas para su mayor gloria y prospe- ridad de su Iglesia. Y esta tierna devocion de la pre- sencia de Dios no es sólo provechosa á las personas de salud delicada, sino á todo el mundo, pues interesa grandemente así el corazon como la mente. Cuanto más numerosas sean nuestras nociones sobre Dios, y más variados nuestros conceptos, imágenes y repre- sentaciones acerca de los objetos que con Él se rela- cionan, tanto más íntima será, por consiguiente, la union de nuestro espíritu y voluntad hacia su divina persona; y hé aquí cómo llega á hacérsenos más fá- cil la devocion de andar continuamente en la presen- cia de Dios; práctica que es el camino más seguro para la santidad.

Otra ventaja nos ofrece este método de intercesion, y es el temple y carácter celestial que produce en nuestro ánimo. El principal carácter del mundo con- siste en la multiplicidad. Ofrécenos el mundo un sin- número de objetos de interes, y constantemente nos está acosando por todas partes con sus hechiceros atractivos; miéntras que la Religion es para no pocos

un objeto sin interes, seca, insípida, uniforme y monótona. Como apénas la conocen, no pueden estar siempre atentos á una sola cosa, y así la vida espiritual va cayendo en descrédito para semejantes sujetos. Es verdad que existe un estado de contemplacion muy alto y sublime, cuya perfeccion consiste en mantener el alma fijas todas sus potencias únicamente en Dios; pero estas no son cosas para toda clase de personas: porque nosotros, tales como somos, necesitamos de todo el interes que la variedad y hermosura dan á la devocion, y aún así, todavía vamos como á remolque. Cuanto más interesantes y variadas sean; pues, nuestras nociones religiosas, tanto más fácil nos será arrojar del corazon el espíritu del mundo, y prendarnos del encanto por los intereses de Jesus.

¡Qué consolacion no se encuentra en estas riquezas de nuestra pobreza, cuando la tristeza nos abate, y la tentacion nos acosa, y los hombres nos persiguen, y las imperfecciones de nuestras buenas obras nos angustian, y el fastidio del mundo y de la vida acongojan y despedazan nuestro corazon! Por grande que sea nuestra afliccion y abatimiento, no deseamos ninguna otra cosa, sino que Dios sea amado de todos y que goce Jesus de los derechos que le pertenecen. Y así, aunque fatigados del trabajo y abatidos con los desengaños; cuando la noche tienda su negro manto, llevando consigo el espanto á nuestro corazon; cuando la tempestad ruja sobre nuestras cabezas

y suspiremos por vernos libres de tanta agustia, el alma entónces puede disfrutar de toda la independencia de un soberano, recorriendo este ilimitado imperio de Dios, de Jesus y María, Angeles, Santos, hombres y criaturas todas, regocijándose en ese sacrificio perpetuo de alabanza que se eleva hasta el trono de la Majestad augusta de nuestro amoroso Padre y eterno Dios, desde todos los ángulos y rincones de la creacion.

CAPÍTULO VI.

MONEDA ACUÑADA.

Dios es causa de todo.—Las *columnas* de la Iglesia.—Naturaleza y gracia.—Ofrecimiento de nuestras acciones en union con las de Jesucristo.—Moneda acuñada.—Espiritu de oblacion:—1.º Oblacion de nuestras acciones ordinarias.—Varios métodos y prácticas de oblacion.—Diferencia entre los escritores canonizados y no canonizados.—Oblaciones de Santa Gertrúdis.—2.º Oblacion de las recreaciones.—Avisos á los valetudinarios.—Juego de ajedrez de San Carlos.—Arca de Noé.—3.º Oblacion de la soledad.—4.º Elevacion á Dios por la contemplacion de las criaturas.—Ejemplos y prácticas.—Tres métodos de oracion de Pedro Fabre.—Variedad de devociones mentales.—Oracion vocal.—La devocion seca no es sólida.—5.º Oracion jaculatoria.—El Padre Baker.—Cómo se ha de rezar el Oficio divino.—6.º Oblacion de los sufrimientos.—Excelencia del altísimo privilegio que se nos otorga de agradar á Dios.—Dios mendigando gloria de sus propias criaturas.

SECCION I.

Vanidad de la ciencia humana.

Dios es la causa primera, y quien da valor á todas las cosas. Así como todo viene de Dios, así todo debe volver á Dios; por eso hasta la criatura rebelde que